

NINA KENWOOD

Ni en el mejor de mis sueños

**Una comedia
romántica con
espinillas**



CROSS
BOOKS

NINA KENWOOD

*Ni en el mejor
de mis sueños*



CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *It sounded better in my head*
© del texto: Nina Kenwood, 2019
© de la traducción: Teresa Muñoz, 2019
Publicado mediante acuerdo con The Text Publishing Company,
Australia
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-08-22155-5
Depósito legal: B. 25.023-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Nadie tiene la culpa

Es Navidad, acabamos de terminar nuestra partida anual de sobremesa del Scrabble (nos damos puntos extra si sacamos una palabra relacionada con la Navidad), y papá me dice que tenemos que hablar. Lo hace con su voz de dar malas noticias, y creo que no es para sermonearme otra vez sobre lo de sacarme el carné de conducir ni para decirme que ha reactivado su cuenta de Twitter.

—Natalie, me resulta muy difícil decirte esto, pero nos estamos..., bueno, nos estamos separando —dice.

—¿Quién?

—Tu madre y yo.

—Separando. —La palabra se me hace extraña y pesada en la boca.

—Hemos roto —dice papá, que no puede resistirse nunca a puntualizar lo que ha dicho.

En ese momento, mamá entra en la sala comiéndose una manzana. Hizo la promesa de comer solo fruta como postre durante las Navidades porque quiere perder dos kilos antes de enero, lo que ahora tiene más sentido, ya que se está preparando para la vida de soltera.

—¿Habéis roto? —El tono de mi voz es amigable, y les

dejo tiempo para que me digan «¡es broma!», en caso de que se hayan propuesto tomarme el pelo; aunque la verdad es que no somos una familia muy dada a hacerse bromas de ningún tipo, menos aún de las que no hacen ninguna gracia y dejan cicatrices emocionales como esta.

Mamá parece sorprendida por mi pregunta y se pasa un buen rato masticando hasta el último trozo de manzana antes de responder. No, no es que se *estén separando*, en tiempo verbal gerundio, es que ya se *han separado*. En pasado, y con punto final. Y no es algo nuevo. Bueno, es una novedad para mí, pero ellos lo saben hace siglos. Diez meses, para ser exactos.

—¿Qué quieres decir con diez meses? —Cierro mi portátil de un golpe para exagerar. Mi intención es dejar claro que estaba haciendo algo importante justo antes de tener esta perturbadora conversación, pero la verdad es que estaba viendo el vídeo de un gato que se asusta al verse reflejado en un espejo.

Mamá está inquieta. No era su plan decírmelo ahora, de esta manera, me dice. Pues claro que no era su plan. Es Navidad.

—¿Te acuerdas de cuando, a principios de año, papá se marchó de viaje al extranjero? —pregunta mamá.

—Vagamente. —Quiero evitar a toda costa la parte de la historia en que me cuentan que me han estado mintiendo durante gran parte del año. O la parte en que me explican cuándo dejaron de quererse sin que yo me enterara.

—¿Vagamente? Natalie, ¡estuve fuera un mes! —Papá se muestra ofendido. Está sentado en nuestro viejo puf relleno de bolitas que necesita más relleno, razón por la cual se ha hundido hasta el suelo y se ha quedado sentado en una posición incómoda, con las rodillas casi a la altura del mentón.

—Pues claro que me acuerdo.

Fue a Londres y me trajo una camiseta horrorosa con la imagen difuminada del príncipe Harry, porque tenemos la tradición familiar de comprarnos *souvenirs* horteras siempre que vamos a alguna parte. Esa camiseta es mi segunda pieza de ropa favorita para dormir, después de mi pijama verde de Slytherin.

—Bueno, nos tomamos ese tiempo separados para reflexionar sobre nuestra relación, y cuando tu padre regresó, decidimos, de mutuo acuerdo, que ya no queríamos seguir juntos como pareja.

Mamá se emociona y le brillan los ojos, pero, entonces, arruina el momento dándole otro crujiente bocado a la manzana. Todo es asquerosamente civilizado y normal. No puedo soportarlo. Quiero gritos, lágrimas, drama. Quiero que alguien (que no sea yo) se sienta como si un gigante le aplastara el pecho.

—Nadie tiene la culpa —dice papá, que es lo que diría alguien culpable.

—¿Y tomasteis esta decisión en febrero? —Sigo esperando no haber entendido bien esa parte.

—Sí —dice papá.

—Hace. Diez. Meses. —Decirlo más despacio y en voz alta no hace que lo sienta más real.

—Correcto. —Papá asiente alentador, como si me estuviera enfrentando a un peliagudo problema de mates.

—Sin embargo, habéis estado viviendo juntos todo el año.

—En habitaciones separadas —dice mamá.

—Dijiste que era porque papá roncaba.

—Bueno, en parte era por eso. Y en parte por el divorcio.

—Pero... pero si os acabo de regalar unos delantales a juego y me habéis dicho que era lo que queríais.

—Bueno, podemos seguir usando los delantales, cariño.

—¡No, no podéis!

Hay tantas razones por las cuales esto no está bien. Puede que seamos una familia pequeña, pero somos una gran familia. Una familia envidiable. Pongamos como ejemplo el día de hoy. Celebramos una entrañable Navidad de tres. Llevamos calcetines navideños con nuestros nombres, vemos *Jungla de cristal*, jugamos al Scrabble, comemos los pasteles de carne caseros que hace papá y abrimos los regalos uno a uno para darle más emoción. Escuchamos villancicos, llevamos gorros de Papá Noel y nos hacemos fotos. Y ahora van ellos y echan vinagre por encima de nuestra azucarada y dulce vida. Diez meses. Me han estado mintiendo durante todo este tiempo. Me mareo por momentos, al tratar de entenderlo.

—Tu padre y yo todavía somos amigos, Natalie. Buenos amigos. Vamos a seguir siendo el uno parte de la vida del otro. Es solo que ya no queremos estar casados.

Mamá parece tener la errónea impresión de que considero su amistad como un valioso premio de consolación.

—Pero no tiene ningún sentido. ¿Y por qué habéis esperado tanto para decírmelo?

Ojalá estuviera histérica y llorando, pero su serenidad es un manto de agua que apaga mi fuego virulento. Casi seguro que es parte de su estrategia. «No dejes que monte una escena. Si nosotros mantenemos la calma, ella también lo hará. Las cosas tienen la importancia que les damos.» A mamá en particular le encanta soltarme esta frase, sobre todo cuando tengo un mal día por culpa de mi piel y quiere que salga de casa.

Aunque parezca increíble, mamá le da otro bocado a la manzana, pero yo se la arrebato de las manos.

—¿Puedes dejar de comer por un segundo, por favor?
—Me estoy acercando cada vez más a lo que sería gritar.

Mamá se mueve y se sienta a mi lado en el sofá. Me pasa el brazo por encima de los hombros y me acaricia el pelo como si fuera un animal que necesita que lo calmen. Y yo solo quiero gruñir, apartarme de ella y salir corriendo calle abajo.

—Queríamos esperar a que terminaras el curso. No queríamos interferir en tus estudios en un año tan importante.

—Te queremos, cariño —dice papá, mientras se acerca arrastrando el puf. Hace un desagradable ruido de pedos contra el parqué, que todos fingimos no haber oído.

—¿Así que me habéis estado mintiendo durante todo el año?

—Mintiendo, no. Fingiendo un poco. Omitiendo detalles.

—Evitando lo inevitable —dice papá.

—Tu padre y yo nos hemos distanciado.

—Queríamos estar del todo seguros antes de decírtelo.

—Son cosas que pasan.

—La culpabilidad por no decírtelo nos ha estado carcomiendo por dentro.

Estoy segura de que han estado ensayando todas estas frases. Quizá las han puesto por escrito y las han practicado delante del espejo, leyendo como si se tratara de un guion. «¿Parezco triste?», me imagino a mamá preguntándole a papá. «Si lo dices un poco más rápido parecerá más natural», me lo imagino a él respondiéndole. «Y no te olvides de decirle que todavía somos amigos.»

—Nadie tiene la culpa.

Papá debería dejar de decir esto, si quiere que le crea.

—Te queremos —dice mamá.

Esto no es un consuelo. Soy su única hija. Tienen que quererme.

—¿Con quién voy a vivir? —Lo que en realidad quiero decir es: «¿Vais a pelearos por mí, al menos?».

—Puedes vivir con quien quieras —dice papá con voz nítida, como si me estuviera dando un regalo.

Ese no era el plan. El plan, para mí, era seguir viviendo en casa (en esta casa y con los dos) cuando me fuera a la universidad el año que viene, y después de eso también. Iba a quedarme aquí en el futuro más previsible. No había fecha de caducidad para nuestra situación. Ese era nuestro plan. Ese había sido nuestro plan desde el principio.

—No quiero mudarme. —Me tiembla un poco la voz y sueno estridente y patética en lugar de firme.

—Cariño, pase lo que pase, siempre tendrás un hogar —dice mamá, con ese tipo de discurso impreciso diseñado para consolar. Pero solo hace que me haga más preguntas. ¿Pase lo que pase? ¿Qué más va a pasar?

—Vas a tener dos hogares —dice papá, con su voz más optimista.

No quiero dos hogares. ¿Quién quiere dos hogares? Hogar solo tiene sentido en singular.

Me los quedo mirando a los dos, que tienen puesta su idéntica y falsa sonrisa de «por favor adáptate a nuestras terribles noticias», y noto una sensación aterradora. Este es el final de la vida tal y como la conozco.

2

Mi cara y otros problemas

Yo era una niña muy mona. No digo esto por presumir, sino porque es verdad. Una vez, una mujer se le acercó a mi madre y le preguntó si se había planteado llevarme a una agencia de modelos infantiles.

—Su hija encajaría bien en nuestro catálogo. Tiene las características perfectas.

La mujer hablaba del catálogo de una cadena de droguerías, y las «características perfectas» significaban que era una niña normal y corriente, con los dientes separados, con quien sentirse identificado, es decir, que no estamos hablando de que tuviera un glamur extraordinario, pero el caso es que mi cara fue fotogénica durante algún tiempo. Tenía el pelo oscuro y brillante. Mejillas rollizas y sin marcas. Ojos marrones chispeantes. (Vale, no sé si eran chispeantes, pero es muy probable que tuvieran el brillo justo y necesario.) Mis prendas de vestir favoritas eran unas zapatillas de deporte de color violeta con purpurina y una camiseta con el dibujo de un unicornio. Incluso tenía un nombre que encajaba con una niña guapa: Natalie.

Pero entonces llegó la adolescencia.

La adolescencia es tratada por los adultos como una gran

broma. Cualquier comentario a propósito de ella se acompaña de humor y sonrisas de complicidad. Hablan de voces que se rompen y pelo que sale. Si había pensado en ello de antemano, fue para asumir que tendría que llevar sujetador y para empezar a pensar en cómo funcionan los tampones. Pero la adolescencia, tal y como me llegó, fue una verdadera embestida. Mi cuerpo cambió de manera salvaje y terrible, y yo no sabía cómo llevarlo.

Pasé de ser una figura recta de arriba abajo a ser un garabato con caderas, barriga, pechos, muslos y estrías. Ni siquiera sabía que existieran las estrías. De verdad que no tenía ni idea hasta que me aparecieron por todo el cuerpo. Cuando busqué en Google, toda la información hacía referencia a mujeres embarazadas. Me sentí como un bicho raro, con vigorosas líneas rojas que me recorrían las caderas, la parte baja de la espalda y la parte interna de los muslos, como una pared grafitada.

Una vez, una chica de mi clase me las vio cuando me estaba cambiando para Educación Física y me preguntó: «¿Qué te ha pasado?», mientras señalaba mis caderas, yo le contesté que mi gato me había arañado y ella puso los ojos como platos por el horror, pero me creyó porque eso era lo que parecían mis estrías: salvajes arañazos de un gato monstruoso.

Aunque las estrías no eran nada comparado con las espinillas. Al principio tenía solo algunas dispersas, lo normal, pero luego aparecieron más y más. Después, casi de la noche a la mañana, se convirtieron en acné profundo y quístico. Bultos gruesos y duros que se formaron debajo de la piel de la espalda, los hombros, el cuello y la cara. No es una historia guay, ni una tragedia de las que a la gente le gusta escuchar. Es repugnante. Yo era repugnante. Durante mucho tiempo me desperté cada día pensándolo.

Mi regla era abundante y me dolía mucho, y gestionarla era como un trabajo a jornada completa. Comprobaba de manera obsesiva el uniforme de la escuela, las sábanas, la ropa interior, los vaqueros, el sofá, el asiento del coche, el asiento del tren: en cualquier lugar podía dejar una pista de lo que me estaba ocurriendo. Me miraba la parte trasera en cualquier superficie donde pudiera verme reflejada. Estaba paranoica por si dejaba algún rastro. Los granos de los hombros a veces reventaban y manchaban la camiseta. Yo era algo desagradable, algo que iba soltando líquido, algo incontenible.

Mi cuerpo era un desastre bochornoso. Me sentía demasiado avergonzada para salir de casa a menos que no tuviera más remedio. No, era peor que eso. Me sentía demasiado avergonzada para existir. Y me fui encorvando hacia abajo y hacia dentro para intentar ocultar todas las partes de mi cuerpo. Odiaba todo el espacio que llegaba a ocupar porque también me hice más alta. Era enorme, descomunal. Sentía que allá adonde iba, me miraban y me percibían justo de la manera en que yo no quería que me miraran ni me percibieran. Incluso ahora, que mi piel vive sus mejores tiempos, me siento incómoda cuando alguien me mira directamente a la cara. El contacto visual me hace sentir expuesta.

A los trece, a los catorce y a los quince, ir a la escuela me resultó difícil. Solo me consolaba pensar en la llegada del viernes por la noche. Entonces me relajaba, me tumbaba en la cama, respiraba hondo y me calmaba a mí misma diciéndome: «Durante los dos próximos días no tengo que salir ni ver a nadie que no sean mis padres». El mundo exterior era un lugar en el que me sentía en el abismo, esperando que alguien me mirara y comentara algo sobre mi defectuosa piel. Siempre llevaba un libro encima para usarlo como excusa para mirar hacia abajo, y apenas hablaba en clase porque así nadie tenía motivos para mirarme. Me dejé el pelo muy

largo y lo usaba también para taparme la cara siempre que podía. Me lo echaba hacia un lado u otro según qué mitad necesitaba más cobertura. Evitaba sentarme en la parte más luminosa de una habitación. Pasé cientos de horas mirando tutoriales de YouTube sobre maquillaje.

Nunca me miraba en los espejos de los lavabos del colegio para no coincidir con la mirada de nadie, aunque siempre llevaba uno pequeño en el bolsillo, y cuando estaba sola dentro del cubículo del inodoro, podía mirarme con detenimiento, sin prisas y sin pasar vergüenza, para ver qué mal estaba. Me ponía corrector y base de maquillaje a escondidas, y me lo reaplicaba a menudo durante todo el día.

El acné duele; nadie habla de lo doloroso que es. Bueno, de hecho, nadie habla del acné en absoluto. La cara, la espalda, los hombros, todo me dolía. Si alguien me golpeaba, me hacía ver las estrellas. Si me reventaba sin querer un grano de la cara, se me saltaban las lágrimas sin que pudiera evitarlo. Tuve que ser escurridiza en mi paso por el mundo, para no ser vista, tocada o percibida.

En algún momento de los trece una nueva personalidad apareció, a la vez que mis espinillas. Una Natalie arisca. Una Natalie angustiada. Una Natalie amargada. Una Natalie neurótica. Nunca había sido ninguna de esas cosas, y en realidad no lo era, pero así era como la gente me veía, y en eso me convertí.

Ahora tengo dieciocho y a veces todavía deseo levantarme y gritar: «¡Esta no soy yo!».

Es una manera indirecta de decir que durante la época del instituto me convertí en algo así como una persona encerrada en sí misma. Bueno, todavía sigo siéndolo un poco, pero durante mucho tiempo fue algo patológico.

Y hasta que mi cara se arregló, hasta que conocí a Zach y a Lucy, hasta que me hice un poco más fuerte, mis padres eran todo lo que tenía.